

El resto de las ponencias corren a cargo, sin embargo, de historiadores, que en la mayor parte de los casos abordan cuestiones que guardan una relación muy marginal con el problema del desarrollo de la tecnología en el mundo medieval. En concreto Antonio Malpica Cuello, además de plantear una serie de consideraciones sobre las relaciones entre las disciplinas de la arqueología y la historia, se centra en el análisis de las fortificaciones medievales construidas en el ámbito del reino de Granada, con el objetivo prioritario de mostrar cómo la arqueología puede contribuir a mejorar nuestro conocimiento de las realidades materiales del pasado y de los sistemas de organización del espacio aplicados por quienes ejercían entonces el poder.

Por su parte Felipe Maíllo Salgado aborda el análisis de los distintos tipos de palacios construidos en el ámbito de implantación del Islam en época de los Omeyas y de los Abbasíes, sin prestar atención preferente al aspecto tecnológico de las construcciones, sino más bien al del significado simbólico de las formas empleadas en las mismas, de cara a poner de manifiesto la utilización de la arquitectura al servicio del poder.

Y, por fin, el libro concluye con dos estudios de historia urbanística. El de Elisabeth Crouzet-Pavan, centrado en el caso italiano, que pone de manifiesto los grandes avances que en la realización de obras públicas tuvieron lugar en las ciudades italianas a partir de finales del siglo XIII, y propone una interpretación de los mismos como resultado de los cambios políticos y sociales que entonces se produjeron en ellas. Y el de Ramón Betrán que analiza la evolución urbanística de Zaragoza desde su fundación por los romanos hasta la Baja Edad Media.

El apéndice bibliográfico con el que concluyen todas las publicaciones de las semanas de Estella corre a cargo en esta ocasión de Miguel Larrambebere Zabala, presentando la peculiaridad de estar dividido en varios bloques temáticos dedicados respectivamente a presas, puentes, catedrales, puertos, fortificaciones y ciudades.

MÁXIMO DIAGO HERNANDO  
Instituto de Historia, CSIC. Madrid

Lluís TO FIGUERAS, *Família i hereu a la Catalunya nord-oriental (segles X-XII)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997. 407 pp.

Con este título aparecía publicada en 1997 la tesis de Lluís To Figueras sobre las estructuras familiares de los condados nororientales de Cataluña en los siglos XI-XII presentada en la Universidad de Barcelona en 1989. A pesar del tiempo transcurrido entre la lectura de la tesis y su edición, y entre la edición y la publicación de esta nota, creo que nos encontramos ante una tesis que en buena medida conserva su vigencia, ya que el propio autor se ha encargado de actualizarla, desarrollando algunos de los puntos tratados en artículos posteriores o matizando algunas de las sus ideas fundamentales. Es evidente, pues, que no estoy comentando ninguna novedad historiográfica, pero tampoco una tesis superada por otra investigación posterior de la misma envergadura y con objetivos parecidos, y quisiera añadir que lo hago desde la perspectiva de los resultados de mi investigación sobre el señorío y las relaciones señores-campesinos basada en documentación análoga a la que trabajó To, de la

"Anuario de Estudios Medievales", 31/2 (2001).- ISSN 0066-5061.

misma época, y para una zona, el condado y la diócesis de Barcelona, que comparte con la Cataluña nororiental sus principales rasgos históricos (predominio del sistema del manso, implantación de la servidumbre de la gleba —*remença* y malos usos—, y similares características y evolución del régimen de tenencia de la tierra), resultados que se han visto plasmados en mi tesis doctoral recientemente presentada en la Universidad de Barcelona (2001).

Pero centrémonos, de momento, en la tesis de To. El objetivo de la investigación, basada fundamentalmente en documentación señorial procedente de los condados de Gerona, Besalú, Empúries, Peralada, Rosellón y Vallespir, territorios correspondientes a las diócesis de Gerona y Elna, es, como nos releva el autor en la introducción, los orígenes de la familia troncal y del *hereu*, estructura familiar campesina asociada a la residencia virilocal, la indivisión del patrimonio y la unigenitura—a menudo primogenitura— en el heredamiento que ha caracterizado durante siglos la Cataluña del manso. De entrada, cabe reconocer una importante dosis de originalidad del planteamiento porque, por primera vez, por lo que respecta al ámbito catalán en la Edad Media, la familia como sujeto histórico es objeto de una investigación ambiciosa desde una perspectiva interdisciplinar, adoptando la metodología y la terminología propia de los estudios de Antropología social sobre parentesco.

To estructura la tesis en dos bloques que corresponden a dos grandes fases históricas: la etapa prefeudal (antes del año 1000) y la etapa feudal, entre finales del siglo XI y principios del XIII, cuando tiene lugar la implantación de un nuevo modelo familiar. Fiel al esquema mutacionista de Pierre Bonnassie, To considera los cambios que afectaron la sociedad catalana durante la primera mitad del siglo XI, lo que posteriormente se ha venido en denominar “revolución feudal”, como la causa de las transformaciones experimentadas por las estructuras familiares del campesinado durante los siglos XI-XII.

La etapa anterior al cambio feudal se caracterizaba por la hegemonía de la familia nuclear, la presencia minoritaria de las familias extensas y múltiples y el carácter bilateral y cognaticio del parentesco, con una tendencia al predominio de las relaciones de parentesco entre padres, hijos y cónyuges. La herencia era la forma dominante de acceso al control de la tierra y los descendientes directos los herederos preferidos. En cuanto a las formas de heredar, predominaba el principio de igualdad mediante el reparto de la herencia entre los hijos o el coheredamiento. El sistema de sucesión favorecía la división de las herencias y la creación de familias nucleares y neolcales. Este modelo casa bien con el predominio de la pequeña propiedad campesina y la movilidad de individuos característica de la sociedad catalana anterior al año 1000, de acuerdo con las tesis de Abadal, Bonnassie y Salrach.

Por lo que respecta al intercambio de dotes, principal elemento definitorio del matrimonio legal, To subraya la importancia del dote marital, que podía consistir en una décima parte no especificada de los bienes del marido o en una asignación concreta de bienes. En el primer caso, la mujer adquiría un derecho de supervisión del conjunto del patrimonio del marido, lo que unido a la propia aportación dotal, creaba, de hecho, una comunidad de bienes conyugal, controlada y gestionada por el marido. Solo en el caso de quedarse viudas con hijos menores, las mujeres podían tener un papel importante como usufructuarias del patrimonio familiar. Este sistema dotal se correspondía con una forma de residencia virilocal en parejas casadas: era la mujer quien se instalaba en la casa del marido y no al revés.

En contraposición a las familias campesinas, las estructuras familiares de la nobleza presentan, según el autor, dos particularidades. La primera es la aparición de linajes caracterizados por la amplitud y la fuerza de los lazos de parentesco así como por el poder alcanzado por sus jefes. El segundo rasgo distintivo sería el papel central que adquiere el testamento en la sucesión, aunque también se practicaban las cesiones *pre mortem*. Y es aquí donde se observa una evolución, el paso del heredamiento igualitario (con división o coheredamiento) a la primogenitura, con la exclusión de la herencia de las hijas dotadas y de los hermanos menores. Las conquistas del siglo XII, con la ampliación de patrimonios aristocráticos, permitieron consolidar la primogenitura y mantener un sistema de reparto de herencias que llevó a la creación de ramas secundarias, vinculadas a las principales, no solo por el parentesco sino también por infeudaciones y homenajes.

El último capítulo del libro está dedicado a los cambios en la familia y la sucesión del campesinado durante los siglos XI-XII. To señala la persistencia de la familia nuclear, la herencia como forma principal de acceso a la tierra y el peso que aún mantiene la sucesión testada e igualitaria entre los campesinos, pero la gran novedad es, desde la segunda mitad del siglo XI, la práctica del heredamiento entre vivos: el padre cede al hijo heredero en ocasión de su boda, la totalidad o la parte principal de su patrimonio, reservándose durante su vida el usufructo del mismo. La donación sirve al heredero para formalizar la garantía de la dote que la esposa aporta al matrimonio y del esponsalicio que él ofrece en contrapartida. La reserva de usufructo, a su vez, sirve para regular la convivencia en el manso entre los padres y el heredero con su esposa. El modelo se puede resumir, pues, en el matrimonio virilocal y patrilocal y la exclusión de la herencia de los hijos no herederos que reciben una legítima en dinero y el resultado es la formación de familias troncales. El pacto matrimonial, en el cual se enmarca tanto el heredamiento como las donaciones y garantías dotalas, establece el régimen económico de la nueva pareja y la obligación que el marido y la mujer contraen de ceder más adelante la herencia recibida y lo esencial de la dote y del esponsalicio a sus hijos legítimos, reproduciendo el mismo mecanismo de heredamiento y dotes-legítimas.

Al preguntarse sobre las causas de estos cambios, Lluís To formula lo que es la teoría central de su tesis: la aparición y difusión de la figura del *hereu* y de la familia troncal en la Cataluña de los siglos XI-XII, fue la consecuencia directa de la imposición señorial a los campesinos de la transmisión indivisa de la tenencia, del manso, a un único hijo (unigenitura) fijada en los contratos de precaria. Mediante la transmisión unigénita de la tenencia y la patrilocalidad del teniente, los señores pretendían consolidar a una élite de campesinos intermediarios responsables del mantenimiento de las explotaciones y del pago de rentas y servicios, con el objetivo de ejercer un control preciso sobre las tenencias y optimizar la fuerza de trabajo y el nivel de las rentas agrarias. Así, según el autor, la figura del *hereu* se vincula directamente a la difusión, en el mismo espacio y momento histórico, del manso como unidad de gestión del señorío y a la instauración de la servidumbre de la gleba entre los campesinos tenientes, y desde una perspectiva más amplia, se presenta como una de las principales consecuencias sociales del cambio feudal del siglo XI.

La obra de Lluís To presenta los riesgos inherentes a cualquier tesis que va más allá del simple análisis y crítica de las fuentes: el esquema teórico y los modelos formulados, pueden ser compartidos, parcial o totalmente, o no, por investigaciones posteriores. Fundamen-

talmente, en este caso se trata de aceptar, primero, que la sociedad campesina catalana de los siglos XI-XII en la Cataluña Vieja conoció el nacimiento de un nuevo modelo de estructura familiar substancialmente distinto del modelo nobiliario y, segundo, y no menos importante, que la causa del nacimiento de este modelo fueron los cambios sociales y políticos del siglo XI descritos por Bonnassie (instauración del señorío banal, creación del manso, instauración de la servidumbre, etc.). En la medida en que no ha entrado en contradicción con el paradigma historiográfico de la revolución feudal dominante los últimos decenios en la historiografía europea (Duby, Bonnassie, Poly-Bournazel, etc.), el esquema de To no ha presentado, en general, problemas de aceptación.

Sin embargo y sin necesidad de entrar en la cuestión del cambio feudal, creo que la tesis de To, en los dos puntos fundamentales que acabo de señalar, puede ser objetada o, como mínimo, replanteada a la luz de la crítica del mismo tipo de fuentes con las que el autor trabajó desde una perspectiva alternativa como la que he adoptado en mi tesis sobre el señorío y la evolución de las relaciones entre señores y campesinos en el condado de Barcelona durante los siglos XI-XIII.

Por lo que respecta al primer punto, no creo que existan diferencias substanciales entre las formas de filiación y parentesco de la nobleza y del campesinado, porque la *indivisio* y la figura del heredero se encuentra tanto en los dominios nobiliarios como en la tenencia campesina, y porque la práctica del testamento, con cierto decalage histórico, acabó por difundirse entre el campesinado, como muestran los primeros registros notariales. Más bien, en lugar de fractura entre modelos o sistemas, cabe hablar de difusión vertical, desde la cúpula de la sociedad feudal, la nobleza, a la élite del campesinado de un modelo de sucesión que podemos considerar característico del feudalismo. Y si ello es así es porque el manso, o al menos el manso privilegiado que aparece en las precarias del siglo XII, no es más que la estructura menor, la "malla más fina" del señorío y, por extensión, del sistema feudal.

Ello tiene relación con otra cuestión que el mismo autor ha planteado en artículos posteriores: la del alcance de las transformaciones de las estructuras familiares del campesinado o, dicho de otro modo, la representatividad social de la figura del *hereu* y de la familia troncal. A la luz de mi investigación sobre el señorío, debo señalar que la adquisición de derechos hereditarios de sucesión en la tierra fue uno de los aspectos más destacados de la evolución social del campesinado entre finales del siglo XI y principios del XIII en el condado de Barcelona y, por extensión, en el cuadrante nororiental de Cataluña. Pero este proceso, sancionado por los señores mediante la concesión de la *carta precaria*, afectó tan sólo a una élite rural integrada por administradores señoriales (*bailles*) y campesinos ricos que llevaban a cabo ampliaciones de su patrimonio a partir de la incorporación de tierras y mansos abandonados. Creo que los cambios descritos por To deben circunscribirse esencialmente a este ámbito de la sociedad campesina. Incluso, en la medida en que, al menos hasta principios del siglo XIII, esta élite campesina jugó un papel clave en la administración del señorío, como muestra un porcentaje elevado de concesiones señoriales, cabe plantearse si hay que continuar considerándola dentro del conjunto del campesinado como grupo social.

Que la figura del *hereu* fue una imposición señorial que rompió con las tradiciones igualitarias de los mecanismos de sucesión del campesinado, suscita numerosas dudas. Más bien al contrario, cabe afirmar que el *hereu* fue una figura que adoptaron por mimetismo de las

estructuras nobiliarias algunos campesinos con el objetivo de consolidar la transmisión indivisa del patrimonio que ampliaban y que, paradójicamente, chocó a menudo con la voluntad de los señores que pretendían a toda costa adecuar la explotación agraria a la tenencia campesina, el manso, representada por la unidad familiar. A cada manso una familia campesina y un *hereu* fue solo un ideal señorial porqué, en la realidad, y sobre todo a partir de mediados siglo XII, al compás del despoblamiento rural de la Cataluña Vieja, se produjo un proceso de concentración de tierras y mansos que no es ajeno a la propia adquisición de derechos hereditarios por parte de una minoría de campesinos. Aunque es cierto que muchas precarias son explícitas al imponer la indivisibilidad del predio como condición contractual, existen ejemplos, y el propio To reproduce algunos de ellos en su tesis, en los que los señores impusieron la ruptura de la norma de la indivisibilidad con el objetivo de luchar contra la consolidación de la gran tenencia campesina. Si bien es cierto que no encontramos entre los campesinos nada parecido al linaje, al menos durante los siglos XI-XII, no lo es menos que los campesinos desarrollaron estrategias y alianzas familiares perfectamente homologables a las de los señores con el fin de ampliar o anexionar patrimonios. Así, a nivel local, durante el siglo XII principalmente, vemos gravitar un número elevado de mansos y parcelas en torno a determinados clanes familiares.

Por todo ello, en resumen, creo que el nexo entre los cambios políticos del siglo XI, y la difusión del manso, de la servidumbre y de la transmisión unigénita de la tenencia, queda lejos de ser establecido, y que, en cambio, éstos deben ponerse en relación directa con las profundas transformaciones experimentadas por el señorío y la tenencia campesina entre finales del siglo XI i principios del siglo XIII, en particular, con la disolución de las antiguas *dominicaturae* señoriales y su reconversión en unidades del tipo manso y con el proceso aquí apuntado de ampliación de la tenencia campesina a partir de la incorporación de tierras y mansos abandonados, como consecuencia de las transformaciones de la estructura demográfica y de poblamiento causadas por la emergencia en la Cataluña Vieja de las pequeñas villas-mercado y la colonización de los territorios de la Cataluña Nueva al amparo de las cartas de población y franquicia.

Sólo me queda desear que en el futuro nuevas investigaciones sobre esta etapa crucial y apasionante de la historia de la Cataluña Vieja, que presidió el nacimiento de un nuevo sistema de organización del señorío y de las relaciones sociales, ofrezcan nuevas y más precisas luces sobre la cronología, la geografía y el alcance social de éstos cambios así como del nexo existente entre ellos.

PERE BENITO I MONCLÚS  
Institución Milá y Fontanals, CSIC. Barcelona

*L'Université de Montpellier. Ses maîtres et ses étudiants depuis sept siècles. 1289-1989.* Actes du 61<sup>e</sup> Congrès de la Fédération Historique du Languedoc Méditerranéen et du Roussillon. Montpellier, 23 et 24 octobre 1989. Region Languedoc Roussillon, 1995.